

## SOL DE MONTERREY

NO CABE duda: de niño,  
a mí me seguía el sol.

Andaba detrás de mí  
como perrito faldero;  
despeinado y dulce,  
claro y amarillo:  
ese sol con sueño  
que sigue a los niños.

Saltaba de patio en patio,  
se revolcaba en mi alcoba.  
Aun creo que algunas veces  
lo espantaban con la escoba.  
Y a la mañana siguiente,  
ya estaba otra vez conmigo,  
despeinado y dulce,  
claro y amarillo:  
ese sol con sueño  
que sigue a los niños.

(El fuego de mayo  
me armó caballero:  
yo era el Niño Andante,  
y el sol, mi escudero.)

Todo el cielo era de añil;  
toda la casa, de oro.  
¡Cuánto sol se me metía  
por los ojos!  
Mar adentro de la frente,  
a donde quiera que voy,  
aunque haya nubes cerradas,  
¡oh cuánto me pesa el sol!  
¡Oh cuánto me duele, adentro,  
esa cisterna de sol  
que viaja conmigo!

Yo no conocí en mi infancia  
sombra, sino resolana.—  
Cada ventana era sol,  
cada cuarto era ventanas.

Los corredores tendían  
arcos de luz por la casa.  
En los árboles ardían  
las ascuas de las naranjas,  
y la huerta en lumbre viva  
se doraba.

Los pavos reales eran  
parientes del sol. La garza  
empezaba a llamear  
a cada paso que daba.

Y a mí el sol me desvestía  
para pegarse conmigo,  
despeinado y dulce,  
claro y amarillo:  
ese sol con sueño  
que sigue a los niños.

Cuando salí de mi casa  
con mi bastón y mi hato,  
le dije a mi corazón:  
—¡Ya llevas sol para rato!—  
Es tesoro —y no se acaba:  
no se me acaba —y lo gasto.  
Traigo tanto sol adentro  
que ya tanto sol me cansa.—  
Yo no conocí en mi infancia  
sombra, sino resolana.

*Río de Janeiro, 1932.—OV. RA.*